

DesbarrancAda: una voz feminista rescatada de los archivos.

Crespo, Natalia y Elflein, Ada.

Cita:

Crespo, Natalia y Elflein, Ada (2024). *DesbarrancAda: una voz feminista rescatada de los archivos*. En Crespo, Natalia *La loca Basilia y otros relatos*. Córdoba (Argentina): Buena Vista.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/natalia.crespo/6>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p89S/PCF>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Por Natalia Crespo

A más de un siglo de su muerte (Ada Elflein vivió entre 1880 y 1919), lo poco que se sabe hoy de su obra, ya sea a través de libros viejos o de ediciones más recientes, la vincula con la literatura infantil o con las crónicas de viaje, como corresponsal del diario *La Prensa*, en donde trabajó desde 1905 hasta poco antes de su muerte. El dato de su empleador parece ineludible para entender su obra, no solo porque la mayor parte de su producción se publicó en *La Prensa* (454 de los 474 textos que escribió), sino porque para Ada se trató de “un honor inesperado... un poderoso estímulo”, como lo expresó en uno de sus prólogos. Y lo hubiera sido para cualquier mujer, pues a principios del siglo XX, el diario *La Prensa* era uno de los más importantes del país: no solo por sus más de cien mil tiradas diarias, sino por sus máquinas rotativas alojadas en sus enormes subsuelos, las pizarras de noticias internacionales (que llegaban por telégrafo) expuestas en sus vidrieras a la calle y, por sobre todo, por el lujosísimo palacio estilo francés en donde trabajaban sus numerosos empleados en Av. de Mayo al 500, frente al Cabildo y en la misma cuadra que la esplendorosa tienda *Gath y Chávez*. Tecnología, lujo, modernidad y progreso quedaban condensados en ese palacio en el que, por primera vez, se contrataba a una periodista mujer. Por lo que al parecer dejó escrito en un supuesto cuaderno de apuntes o diario íntimo (misteriosa fuente, hoy inhallable, citada por la crítica y de la cual han trascendido algunas frases) al ingresar al diario la joven escritora sintió que había llegado al lugar donde siempre había querido estar, y que desde allí podría llegar “a la cumbre”. Pero el privilegio de haber sido admitida en aquel recinto enteramente masculino, epítome de la civilización y de la cultura letrada, siendo joven y mujer, requeriría de una serie de pruebas de lealtad. Recato, modestia, femineidad en su persona para comportarse en el palacio (le fue asignada una salita especial en donde trabajaba por fuera de las miradas masculinas), tono didáctico moralizante y temáticas de alabanza a los próceres o a la geografía de la patria para sus textos. Contención, escritura educativa y

funcional a los años de estridente patriotismo que rodearon los festejos del Centenario parecen haber sido las prendas de cambio a tan alto honor.

Así, los cuentos de sus primeros años en *La Prensa*, aquellos que la propia Elflein levantó del diario, corrigió y reeditó en libros --*Leyendas argentinas* (1906) y *Del Pasado* (1910)-- fueron casi todos protagonizados por niños o niñas del siglo XIX que colaboraban activamente en momentos claves de la historia nacional, que eran insoportablemente buenos, valientes y reverenciales con sus mayores, que estaban dispuestos a morir en defensa de la patria. Se trataba de protagonistas que cada relato postulaba como ejemplares, verdaderos modelos a seguir, ofreciendo un pacto de lectura en donde la ficción tenía un servicio que cumplir: educar moralmente al soberano. Formar ciudadanitos y ciudadanitas para la Argentina en expansión, transmitir valores éticos, un poco de historia y nacionalizar. Probablemente, estos cuentos resultaban tranquilizadores en varios sentidos. Por un lado, ubicaban a su autora en un lugar menos “raro”, más tolerable para la época: no era una mujer intelectual y soltera sino una maestra que escribía literatura infantil por encargo (de hecho, algunos de los cuentos estaban dedicados a determinada escuela o grupo de alumnos). Igual de tranquilizadores serían, años más tarde (entre 1913 y 1918) sus relatos de viaje por el interior de la Argentina, también escritos por encargo del diario, y también con claras intenciones didácticas, sobre todo en la transmisión de saberes de historia y geografía. Así, Elflein se construyó y fue construida, en un ida y vuelta siempre dialéctico, como una maestra escritora que le enseñaba al heterogéneo público del diario (heterogéneo por sus diversas edades y géneros pero también por sus lenguas de origen, ya que muchos eran hijos de inmigrantes) los valores, las insignias y los héroes patrios de la Argentina del Centenario, una Argentina tan orgullosa de sí, tan engalanada y pacata. Amar a la madre y honrar a Sarmiento, respetar al prójimo y adorar a San Martín, ser una niñita obediente y estudiar la vida de Belgrano, parecen en muchos de estos cuentos ingredientes de la misma sopa. Quien

se nombrara a sí misma como “la evangelizadora de la patria” escribió una obra que estuvo siempre (¿o *casi*?) a la altura del privilegio que se le había otorgado: enaltecer a la nación y, dentro de ella, a los próceres varones que la habían hecho grande. Gloria y loor.

Ahora bien: ¿Elflein solo escribió cuentos infantiles y moralizantes? Durante los catorce años en que su folletín aparecía todos los domingos, entre marzo y noviembre (no casualmente: los meses del calendario escolar), ¿no vio la luz ningún texto distinto, por fuera de esta suerte de pacto implícito o sobre-entendido entre empleador, escritora y público? Sí, hubo muchas excepciones, muchas licencias y mucho irse a la banquina. La gran injusticia con la obra de Ada es que estos cuentos infantiles –los más ventrílocuos, los más obsecuentes con las expectativas masculinas sobre Ada, en una palabra: los menos interesantes— son prácticamente lo único que se conoce hoy de su obra: pasaron a la historia como representantes de la totalidad de su producción cuando en verdad, en términos numéricos, fueron solo un veinte por ciento. Coagularon como sinécdoque: la parte por el todo, y dejaron caer en el olvido el resto de los textos, los menos encasillables, los más “raros”. ¿Y qué pasa hoy con todos esos otros cuentos que ni Ada se atrevió a levantar del diario para republicar en libro ni los editores posteriores lo han hecho? Porque, por suerte, no todo fue obediencia y comedimiento en esta escritura. De cuando en cuando, la Elflein publicaba un cuento que no era ni ejemplarizante, ni nacionalista, ni halagüeño de la masculinidad ni de los padres de la patria. Cada tanto despuntaba feliz una voz transgresora, disconforme, sin falsetes ni impostaciones, una Chirolita sin Chasman: una Ada enojada, crítica del mundo doméstico y de la institución familiar, harta del maltrato masculino, del sometimiento de las mujeres y la de hipocresía social. Esta es, justamente, la Ada que rescatamos acá: una Ada que escribe sobre la locura, la soledad, la violencia de género, la melancolía y la desesperanza de las vidas sojuzgadas. Una Ada sin escarapela ni guardapolvo, bajada del podio moral, una Ada que se ha olvidado por un rato de agradar a sus empleadores y de educar al soberano y que

desbarranca, gozosa y denunciante, por ficciones feministas. Ese fue el criterio (arbitrario, por supuesto, pues una “antología” es una logia del antojo) con el cual entresacamos, dentro de los más de cuatrocientos cuentos hoy desconocidos de Ada, estos catorce. Y todos los demás pueden consultarse en su archivo digital: www.archivoelflein.ar.